

que es la maldad del hombre la responsable de los hechos; también la crítica maniqueísta ha hecho del Júpiter de la *Tebaida* una representación estoica, oponiendo el Olimpo al Infierno; y está, en último lugar, la crítica manierista, que destaca el barroquismo desmesurado del estilo de Estacio. Del análisis de todas estas posturas la autora se decanta por interpretar el mundo moral estaciano como una mezcla entre la fidelidad a la doctrina filosófica de Séneca y la tradición literaria épica, a lo que habría que añadir las incongruencias narrativas del propio Estacio y, lo que es más importante, la influencia del estoicismo que, en sí mismo, es una filosofía plural y ecléctica. Así pues, Estacio retomaría la vocación trágica patética que la épica tenía desde sus orígenes, influido por el pesimismo de los escritores de su época. Lo trágico del destino homérico y euripídeo se suma a la fatalidad lucanea, al providencialismo senecano y a la teología ovidiana, y todo ello en un afán de ser clasicista, de emular desde una perspectiva personal los rasgos heredados de los autores clásicos que más se adaptaban a su idea de poema épico.

El libro se remata con tres pequeños apéndices sobre cuestiones concretas de la *Tebaida*, y una puesta al día bastante exhaustiva sobre la bibliografía fundamental de los temas estudiados de la obra.

En resumen, una obra minuciosa y profunda, de amena lectura, que abre nuevas perspectivas al estudio del poema, y que ilumina de forma convincente las tesis planteadas por su autora en las páginas introductorias, a la par que resulta una magnífica puesta al día en la bibliografía sobre la *Tebaida*.

SANDRA ROMANO MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid

Gisella RIPOLL y Josep M. CURT (eds.), *Sedes Regiae*, con la colaboración de Alexandra Chavarría, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres 2000, 620 pp.

A lo largo de su bien nutrido número de páginas este volumen propone al lector un viaje apasionado y apasionante a través del tiempo y la geografía antiguos que le va a permitir conocer aquellas ciudades que fueron o estuvieron a punto de ser *sedes regiae* desde el Oriente hasta el Occidente. Ante nuestros ojos desfilan los distintos capítulos que conforman la obra, señalando hitos, momentos, lugares estudiados todos ellos con suma atención y cuidado. Efectivamente, dada la extensa y profunda formación de los investigadores que escriben, hallamos en sus

páginas una cumplida armonía de los datos propiciados por la arqueología y la filología. Esta es la contribución señera del libro que muestra así la necesidad cada vez más sentida de la comunión de las ciencias, tanto más de apreciar si tal conjunción se da en la misma persona. Los autores han sabido imprimir a sus colaboraciones rigor y claridad. Sólo la enumeración de los colaboradores, conocidos internacionalmente por su incansable labor, constituye la garantía de que nos encontramos ante una obra singular que por su envergadura ha de interesar a un amplio abanico de estudiosos que han de encontrar satisfecha su curiosidad. Tras una breve nota introductoria empieza la serie de contribuciones, realizadas por Liebeschuetz, Arce, Ward-Perkins, Delogu, Gelichi, Brogiolo, Ben Abed y Duval, Guyon, Bonnet y Reynaud, Dierkens y Périns, Pohl, Loseby, Ripio, Díaz, Gurt y Godoy, Bonnet y Beltrán de Heredia, Mateos, Velázquez y Ripoll y Ramallo, que nos llevan respectivamente desde Ravena a Aquisgrán, las nuevas ciudades del Imperio tardío, Constantinopla, Roma, Ravena, las residencias de la Italia longobarda, Cartago, Tolosa de Francia, Ginebra y Lión, las residencias merovingias sobre el Sena y el Rin, la Germania, Inglaterra, las residencias de la antigüedad tardía de Hispania, Bracara, Barcino como sede episcopal, Emerita Augusta, Toledo y Cartago Spartaria. El libro se cierra con unos oportunos índices, uno onomástico y el otro toponímico.

Nos encontramos, por tanto, ante una obra excepcional que merece consideración y agradecimiento. La valía de quienes participan da una cumplida demostración de la altura conseguida en estos estudios, cuya envergadura el lector comprobará en la amplia bibliografía que los especialistas aportan al final de su contribución. De otra parte, la presentación, apenas alterada por algún que otro latinismo equivocado por errata («strictu») o la aparición de inoportunos guiones dentro de la misma palabra, debido a los modernos sistemas de impresión, está a la altura del contenido, permitiendo una legibilidad que es muy de agradecer.

Junto a los méritos de cada aportación que son muchos, insistimos que la gran lección de este volumen es la visión cabal que da de cada problemática planteada gracias a la ya citada comunión de ciencias, único medio de alcanzar un conocimiento humano de los humanos que nos precedieron y que de alguna forma siguen a nuestro lado, latiendo en las ruinas y en los recuerdos de la palabra escrita su corazón. Si algo se percibe en estas páginas es que todavía está vigente el Humanismo y la investigación es más que un resultado objetivo, es el reencuentro de los que somos con los que han sido.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO
Universidad Complutense